

Merca

Enrique Fogwill

2006

Plástica

La pintura, la más literaria de las artes, pinta sus propias convulsiones, que no siempre merecen imputarse a la proclama hegeliana de la muerte del arte y con frecuencia son manifestaciones del menosprecio o de la ignorancia de su destino histórico. Mondongo irrumpió en la escena plástica neutralizando la noción de autor y burlando la idea de representación. Desde su primera muestra, el artista se convirtió en grupo, la imagen, en sistema de *pixels*, y el mensaje, en la materia elemental de la expresión: perlas falsas para componer la imagen virtual de una rica coleccionista, fragmentos de carne para la de un artista, millares de lápices trazando el perfil de un supuesto escritor o espejitos de colores para integrar la representación de la familia real borbónica.

Con perplejidad, el público de arte vio galerías y coleccionistas comprando compulsivamente la serie *porni* del 2003 que pixelaba en galletitas las imágenes virtuales, objetos del consumo compulsivo de los adictos a la pornografía visual: los objetos de gula de los domésticos *coach potatoes* como materia prima de la representación de la lujuria golosa y trivial de los cautivos de los XXX de la televisión por cable y la web.

Plastilina

La literatura, la más musical de las artes, puede ser referente o mensaje de la pintura, pero nunca su materia. La materia de la serie *Caperucita* –obras del 2004, también feliz objeto de la voracidad del mercado- fue la colegial plastilina. Con ella, su paleta de color primaria y su ingenua textura, la imagen del relato, trivializada por una previa representación teatral de la historia de los hermanos Grimm, recupera el terror elemental del relato de Perrault y anima el explosivo cruce de los antagónicos varón-mujer, animal-humano y niño-adulto en un espacio de jardín oriental que, a su vez, es una representación mítica del puente entre el espacio humano y el bosque natural. El carácter seriado, semindustrial de la generación esta cadena imágenes literarias, se hace explícito en la obra (de 2005) donde un ejército de caperucitas clonadas marcha musicalmente a entregarse a su perdición en los goces del bosque.

-¿Como un ejército de artistas dispuesto a sumergirse en los goces trituradores del mercado?

-Tal vez.

Pero quedan las tantas obras como testimonio de un goce del acto de componer con una materia amasada virtualmente por el trabajo de dedos masculinos y femeninos que comprime-

ron morosamente cada píxel de la extensa cadena de imágenes, en una suerte de éxtasis de la compulsión por el trabajo.

Cera

Hubo un día en el que la música, la más política de las artes, emigró del ámbito ritual para mezclarse con la vida práctica y abarcar todo. Y en la historia de la música hay un hilo que en cada evolución y retroceso permite detectar una nostalgia de sus orígenes. La serie de pinturas en cera, que sucede a las policromas plastilinas, con su evocación del arte de la antigüedad del mediterráneo y las exigencias de fundir, soldar y aguardar que la imagen se revele es un ejercicio de retorno imposible, pero también de desafío a las convenciones de la representación. ¿Quién esperaba esta emergencia de lo sombrío en una pintura celebratoria de la contemporaneidad? *Marinas y retratos en puro blanco y negro (2005)*, son formas siempre a punto de derretirse como proponiendo un espectáculo de interrumpida disolución, y el eterno retorno de lo siempre recomenzado. Somos nosotros, el mar, los cuerpos, nuestros hijos.

Oro

Alguna vez el ámbar *-elektron*, para los griegos- sustituyó a las piedritas de cuenta y a la palabra empeñada en los actos de intercambio. Desde allí a la *plástica* moneda electrónica la historia del dinero cuenta la evolución de una creencia en la veracidad. La resina polimerizada - el ámbar- garantizaba una pronta verificación de su validez por su virtud de cargarse de estática con un mero frotar. Los metales preciosos, por su resistencia a los corrosivos que requerían una prueba más compleja, dieron lugar a un arte numismático de gofrados, relieves y tramas que garantizasen su integridad, a prueba de las limaduras de saqueadores infinitesimales. El papel moneda extremó ese arte, y hoy el peso o el dólar son un amalgama de las distintas fases históricas que compusieron el dinero: invocaciones a la seriedad, a la autoridad, al estado y a la perfección, junto a restos fósiles de distintas etapas del arte gráfica y decorativa y restos, -fósiles en la era electrónica- de artes y artificios desarrollados para evitar los fraudes. La historia técnica del dinero es también la historia de las técnicas de sugestionar, inspirando confianza, y de eludir los fraudes. Eso viene a deconstruir la nueva serie de dólares (2005) de Mondongo, invirtiendo, -como hace el dinero con el imaginario del valor-trabajo- las relaciones de la representación, mediante la puesta en tres dimensiones del planísimo y codiciado papel. Millares de *clavos* y decenas de millares de intersecciones obsesivamente anudadas son un elogio del trabajo y la paciencia humana agrupadas para invitar a una nueva actitud de contemplación. **“In God we Trust”** gritan a coro un pueblo y un estado imperial desde la moneda deconstruida por tres jóvenes argentinos.